

PRELUDIO

Soy poeta; lo sé; me lo ha afirmado
un eco no escuchado,
voz que finge quizá la mente inquieta.
Reid de mi locura; lo tolero;
más, pese al mundo entero,
traigo el soplo de Dios y soy poeta.

En la callada noche, cuando a solas,
en tormentosas olas
mi alma genial la inspiración recibe,
al fulgor de una luz que me deslumbra,
lo que será se alumbra,
fulge lo que es y lo que fué revive.

Modular en la noche sé el acento
que el apacible viento
deja en la copa del ciprés sombrío;
la monótona al par que triste nota
que, en su canturía ignota
lleva en sus ondas murmurando el río.

Toma a mi voz que el universo mueve
 la sombra su relieve,
 la luz el esplendor que la rodea
 y adquieren a su mágico conjuro
 fijeza lo inseguro,
 la palabra vigor, forma la idea.

Yo tengo los acordes misteriosos,
 los ecos rumorosos,
 la inspiración y el arte que redime;
 tengo el estro, la nota, la armonía,
 la vaga melodía
 que en la lira del vate canta y gime.

Bardo celta, me diera su corona
 la Armórica bretona
 que al triunfador con muérdago señala
 y alzando su segur, áurea y divina,
 robárale a la encina
 sus hojas para mi la virgen gala.

En la ágora ateniense, allá en las piedras
 del Leocorión, sus hiedras,
 cifiéndome, cantara los destinos
 de aquel pueblo de ninfas y silvanos,
 de dioses casi humanos,
 que tuvo hombres al par casi divinos.

Junto al carro del César implacable,
 llevando miserable,
 férreo collar o pámpanos y vides,
 cantara a la legión dominadora
 o a la Ciudad señora
 justiciera en la paz, fuerte en las lides.

Juglar o trovador, junto al rastrillo,
 buscara del caudillo
 la protección y el láuro lisonjero
 y, al pie de la enredada celosía,
 quizá morir sabría
 con la fé y el valor del caballero.

Y, henchido de entusiasmo, con la frente
 llena de fuego hirviente,
 con el ansia sublime del poeta,
 en Maguncia el Progreso cantaría,
 en Fez la Tiranía,
 la Fé en Letrán, la Libertad en Creta.

¡Ah! ¿Por qué cuando sé que en mí germina
 esa ansia, que divina
 eleva mi razón y mi memoria,
 el mundo en derredor se empequeñece
 y en él desaparece
 Dios, patria, amor, virtud, honor y gloria?

¿Dónde está el ideal? ¿Por qué ese cielo
no guarda tras su velo
sino el horror inmenso del vacío?

¿Por qué es la Ciencia ya palabra hueca
y el hombre deja seca
la fuente en que bebió, mordaz y frío?

¿Por qué, cuando a cantar comienza el labio
se siente el hondo agravio
de una crítica vil, de honor desnuda?

¿Por qué, cuando por fin el estro asoma,
la patria se desploma,
la fé se va y el pensamiento duda?

¿Qué horrible ceguedad así nos pierde?
¿Qué culpa nos remuerde?

¿Qué terrible pasión al mundo agita?
¡Un ideal! El hombre que lloraba,
ayer le conservaba

¿Qué has hecho de él, Jerusalem maldita? »

.
Dije y enmudecí; sobre la frente
cayeron lentamente
los años con su afán, abrumadores,
y mientras que en silencio envejecía,
en derredor se oía
la prodigiosa voz de otros cantores.

Por su estéril soberbia aniquilada,
mi inspiración menguada
frustrábase en un páramo maldito
sin ver que pasan dichas e inquietudes,
pueblos y excelsitudes
y el genio, como Dios, es infinito.

Que, si en el horizonte se borraron
glorias que deslumbraron
con su grandeza, sólida o fingida,
queda en el universo, de luz plena,
la comprensión serena
del ritmo cadencioso de la vida.

¡Oh glorias de lo humilde y lo pequeño,
grandezas del ensueño,
heroísmos sin nombre y sin corona,
latidos que no dais rumor ni ruido,
castillo derruido
que en muda soledad se desmorona!

Sois la vida que pasa y se renueva
que en sí el Principio lleva,
y en vosotros los vates adivinan
templos de idealidad que se desconchan
y flores que se tronchan
y tallos perfumados que se inclinan.

Perdido ya el orgullo de mi mismo
y enfrente del abismo
que ha de absorver mi espíritu en su seno,
mi canto es humildad y es penitencia
y es grito de conciencia
y amor a lo que es puro y lo que es bueno.

Voz de sinceridad, eco doliente
de la afligida gente,
noble fiene que ser de cualquier modo
encadenar a su inflexión espera
la musa verdadera
que debe amar y lo perdona todo.



LA CAJA DE CAMELOS

LA CAJA DE CAMELOS

La historia que deciros me ha encomendado
su autor, en que es muy cierta tenaz se empeña,
porque ocurrió en el mundo de lo soñado
y sólo es verdadero lo que se sueña.

Fué la protagonista de ojos gentiles
una linda muchacha de quince abriles.
¿Se llamaba María? ¿Laura? ¿Enriqueta?
El autor lo ha olvidado. ¡Lástima ha sido!
¡Bah! ¿Qué importan el nombre y el apellido?
A esa edad una niña siempre es Julieta.

Era tan santa,
que subían los rezos a su garganta
como a los nidos
suben los aleteos estremecidos.

Inquieta y desvelada por cualquier cosa,
era, como andaluza, superticiosa,

y abriendo con espanto sus ojos bellos,
creía en torvos duendes de negras alas,
que venían de noche, cuando eran malas,
a tirar a las niñas de los cabellos.

Hacia el bien siempre quiso guiar su marcha,
y una noche que el cierzo sembró de escarcha
el césped y el estanque cubrió de hielos,
temiendo que muriera de pulmonía,
cogiendo al pajarillo que más quería,
lo guardó en una caja de caramelos.

Y con espanto,
sintiendo en sus pupilas brotar el llanto,
viendo muerto al jilguero por la mañana,
supo por vez primera su alma cristiana
que es bueno ser piadosa; ¡pero no tanto!

El balcón de Julieta daba a un plantío
lleno de cuantas frondas tiene el estío,
de cuantas flores pinta la primavera
e ilusiones azules la edad primera.

Y allí, bajo la copa de los almendros,
cruzando por el aire, pleno de aromas,
bajaban las bandadas de las palomas
a los prados cercados de rododendros.

Jardín el más hermoso de los jardines,
con viveros de rosas y de jazmines,

y que tiene, cercada de margaritas,
una fuente que evoca tiernas plegarias,
de esas que, rumorosas y solitarias,
recuerdan a los viejos glorias marchitas.

Una noche, Julieta, mirando al cielo,
veía entre las nubes rodar la luna
y al espacio insondable tendiendo el vuelo,
soñaba en los azares de la fortuna.

Como sabemos
que vemos en el cielo lo que queremos,
creyó ver de las nubes en las madejas,
un mancebo de largas, rubias guedejas,
que, el espacio con paso gentil hollando,
la cistara cruzada sobre la espalda,
la punta de sus dedos iba besando,
para arrojar los besos sobre su falda.

Y fué en este momento cuando a la altura
se elevaron acordes en la espesura.

Una nota tan tierna como un lamento
llegó hasta los oídos rasgando el viento.

Quebró el silencio angusto la melodía
de una romanza
melancólica y triste, que parecía
la queja de una pena sin esperanza.

¡Música prodigiosa! Julieta, oyendo del violín las notas, se fué adurmiendo en nostálgico ensueño de algo bendito; que, cuando le da el genio su voz sublime, un violín es un alma que canta o gime y su eco un llamamiento de lo infinito.

En la armónica caja vibra encerrada la palabra que al hombre formó del lodo; un sabio me lo ha dicho, que sabe todo, y que, por consiguiente, no sabe nada.

A la luz de la luna, débil e incierta, de la verja florida junto a la puerta, vió al músico la niña, rígido y mudo, y sintió en su garganta formarse un nudo.

Era un niño como ella; cabellos de oro hasta su hombro bajaban flotando al viento; su pie estaba descalzo y el instrumento oprimía en sus manos como un tesoro.

Le arrojó una moneda, que el buscó en vano durante largo tiempo; la halló y su mano se alzó en señal de gracias. La niña luego, de su temor ingénuo rompiendo el dique:
—¿Cómo te llamas?—dijo.—Me llamo Enrique.
—¿Por qué buscas a tientas?—Porque soy ciego

¡Ciego! Pero en las sombras de lo creado al alma se alumbraba sin duda alguna.

¡También el pobre niño desamparado veía en los espacios rodar la luna!

Y Julieta, suspensa, bajó la frente y lloró la desdicha del inocente; porque ignoraba,

alejada del mundo, como aún estaba, que el ciego ve las cosas como cualquiera cuando a lo noble y bello rinde tributo.

Pero cerrar los ojos a lo Absoluto...
¡Eso es andar a tientas y eso es ceguera!

—¿Volverás esta noche?—Vendré mañana.

—No vayas a engañarme.—Te hablo de veras.

—¿Traerás el instrumento?—De buena gana.

—¿Tocarás melodías?—¡Las que tú quieras!

Y él marchó silencioso por el sendero y ella quedó un momento tras los cristales, contemplando la gracia del caballero y aspirando el perfume de los rosales.

Y luego, ya acostada, dijo sus rezos; sintió llegar el sueño; dió dos bostezos, y, cerrando sus ojos limpios y hermosos, como un ángel, Julieta quedó dormida para soñar ingénua con otra vida en que todos los niños eran dichosos.

Una, diez, veinte veces volvió el artista
a demostrar sus dotes de concertista,
y, largamente,
los niños departieron de cosas bellas,
mientras allá, en los cielos, sobre su frente,
daba vuelta el enigma de las estrellas.

El trabajaba mucho; pero, algún día,
dueño de los secretos de la armonía,
ganaría riquezas gallardamente;
caerían los laureles sobre su frente
y el universo entero lo aclamaría.

Para ello no pedía sino enseñanza,
protección y cariño; pero, en probanza
de gratitud, daría gloria y honores
a los que fueron antes sus protectores.

Y una vez que la dicha fuera cumplida,
buscaría a la musa que le dió aliento
para echar a sus plantas gloria y contento
y adorarla de hinojos toda su vida.

Así los desgraciados soñando vienen,
en todas las comarcas, tiempo infinito;
ellos hacen castillos; son de granito;
si luego se desploman, ¿qué culpa tienen?

Y el tiempo fué pasando libre de angustias;
llegó el otoño frío con sus ultrajes

y fueron, poco a poco de los ramajes
cayendo amarillentas las hojas mustias,
El cielo, antes sereno, se hizo plomizo,
y, al beso de los cierzos, aniquiladas,
las últimas gardenias fueron tronchadas,
azotado su cáliz por el granizo.

Y como sin la dicha que nos consuela,
la pasión más ardiente también se hiela,
una noche de nieblas y de aguacero
temblaron los dos niños de susto y frío,
ella bajo las galas de su atavío
y él bajo sus andrajos de pordiosero.

Todo tiene un otoño que punza y hiere;
todo pasa, se agosta, se inclina y muere.

Tristeza, agotamiento son nuestros lotes,
y así perdidas,
unas vidas se acaban para otras vidas
y unos brotes se secan, para otros brotes.

Resguardada en su lecho del cierzo rudo,
aquella misma noche, triste, Julieta
se preguntó cien veces, febril e inquieta,
a donde iría el niño, solo y desnudo.

Y aún no sabía
que el niño, en sus ensueños de poesía

y de gloria en sus ansias y afán vehemente,
daría tembloroso diente con diente,
porque, pese al Parnaso, la gloria es fría.

Desencajada y mustia, por la mañana,
la actitud adoptando de una espartana,
decidió ser piadosa de cualquier modo
y por el bien ajeno, perderlo todo.

Seria y austera,
fué a buscar a su padre; y el padre que era
un carácter que siempre bebió en su copa,
de los que el bien practican a quemarropa,
frunció el ceño, cual padre que se halla en vilo;
lanzó sobre Julieta su reprimenda
y dispuso que el bardo de la leyenda,
aquella misma noche, fuera a un asilo.

¡Pobre Enrique! Ignorando penas tan hondas
acudió como siempre, bajo las frondas.
Nunca jamás oyeron las espesuras
notas tan inspiradas, frases tan puras;
nunca su arco, de modo tan firme y vario,
arrancó al instrumento sus armonías,
que eran himnos y quejas y melodías
y esperanzas y anhelos de visionario.

Con sorpresa y espanto se halló aprehendido
por dos hombres; su ruego fué desoído;

y al contemplar sus glorias vueltas mancillas,
el violín soltando que le quitaban,
pensando que la gloria le arrebataban
dos lágrimas rodaron por sus mejillas.

Julieta, desde lejos, vió la refriega;
midió las consecuencias de su pecado
y escuchó la protesta del desdichado
que, vuelto hacia el palacio, le dijo:—¡Ciega!

Y luego, temerosa de que los cielos
apagaran para ella su eterno brillo,
se acordó de la muerte del pajarillo
encerrado en la caja de caramelos.

